

L-212-4

FM
1396

Por la Justicia y por España.

Artículo en defensa de D. Francisco Feser Guardia
acusado de complicidad en el atentado de la calle
Mayor el día del casamiento del S. M. el Rey Don
Alfonso XIII.

(1906)

V

SEN

Lec
tu alma

Este
hizo ob
da, de
le defe
suelta s
duda, a
señor F

Aten
Prensa
interés

-No, señor;
contra el Sr.
de su culpa
ó repliqué:
-¿Y porque
el Sr. Ferro
naba, se le c
erjudica mo
provisional
-Sí, señor—;
nacer más: p
ado..

-Me permiti
cedimiento c

-A muchas i
ne concluir.

-Sí, señor, á
sonas por el
nos formado
el señor Fise
ntes. Yo le r
r alguno tam
hubiera rec
ón, pero no
los despedim
que ese seño
cal quizá pe
de los nuest

El proceso ha
los periodis
ia que en el
rio. ¿Cómo se
ea de averigu
en el extra
nsa los empl
tra del Sr. F
por amor al
parciales los
uede el lecto
cosa supe; m
ta á los direc
se publican

Y por España.

SEÑOR FERRER

Lector, por muchas que sean tus ocupaciones, pasa tus ojos por este escrito, que él refrescará tu alma, si es de las que aman la justicia.

Este escrito había de ser publicado en un diario de gran circulación, mas el director del mismo me hizo observar que al público podía parecerle interesada la defensa extensa, completa y documentada, de un hombre rico, hecha desde un periódico, y que no convenía al señor Ferrer ni al diario que le defendiese, que el público creyera se le defendía mediante dinero. «Publique usted en una hoja suelta su escrito—me decía el referido director—y la prensa se ocupará de él, no le quepa á usted duda, aunque sólo sea á título de información, y nadie podrá creer en este caso que la defensa del señor Ferrer sea interesada.»

Atendiendo yo á tan prudente observación, decidí publicar la presente hoja. Ahora sólo suplico á la Prensa que me ayude á libertar á un inocente, considerando que cuanto aquí digo no deja de tener interés social, moral y político sobre el presente y el porvenir de España.

—No, señor; no tenemos ninguna prueba de culpabilidad contra el Sr. Ferrer; pero tenemos la convicción moral de su culpabilidad.

—o repliqué:

—Y porque tienen ustedes la convicción moral de que el Sr. Ferrer podía estar enterado de lo que Morral hacía, se le embargan sus bienes, se le tiene preso, se perjudica moral y materialmente y se le niega la libertad provisional?

—Sí, señor—; me contestó el Sr. Becerra del Toro—pueden más: puedo acusar al Sr. Ferrer y puede ser condenado...

—Me permitirá usted que le diga—repliqué yo—que el cedimiento está expuesto...

—A muchas injusticias—exclamó el señor Fiscal, sin darme concluír.

—Sí, señor, á muchas injusticias y á que se juzgue á las personas por el concepto preconcebido que cada uno tenemos formado de las ideas, de las cosas y de los hombres. El señor Fiscal escudriñó mi alma con sus ojos penetrantes. Yo le miré fijamente, sin enojo alguno, sin tener ninguno también. Fuerte en la gran causa que defendía, hubiera recibido con tranquilidad cualquiera amonestación, pero no habría desistido de mi obra.

—Los despedimos. Sali de la Fiscalía pensando: «Es lástima que ese señor sea neo y esté tan obcecado.» El señor Fiscal quizá pensara: «¡Lástima de hombre; bien pudiera ser de los nuestros!»

De lo que es capaz la curia.

El proceso había sido declarado concluso. Por mis amigos, los periodistas de información judicial y de sucesos, ya que en el Juzgado les iban á facilitar datos del suceso. «¿Cómo serán estos datos, pensaba yo? Y me dí á la tarea de averiguarlo antes de que se publicaran. Averigüé en el extracto de la causa que iban á facilitar á la prensa los empleados del Juzgado, se cargaba la mano en contra del Sr. Ferrer y se aligeraba á favor del Sr. Nakens, por amor al Sr. Nakens, sino para que pareciesen más parciales los cargos contra el Sr. Ferrer.

Puede el lector calcular lo que pasaría por mí desde que cosa supe; mas no me arredré y mandé la siguiente carta á los directores de los periódicos de gran circulación que se publican en Madrid:

Aún es tiempo, señor conde de Romanones; no es son de amenaza, sino en son de amistad lo digo. Vamos á un gran mal, que habremos de sentir, yo como amigo del señor Ferrer y usted como gobernante.

Ayer, hablando con el Sr. Vicenti, inteligente director de *El Liberal* y gran espíritu, me contó que hace algunas semanas el Sr. Ruiz Jiménez le dijo que probablemente pronto sería puesto en libertad el Sr. Ferrer. Yo le contesté que usted también me había prometido lo mismo si no se presentaba ningún cargo nuevo contra el Sr. Ferrer. Usted lo sabe, no hay cargo nuevo ni viejo. Lo que hay es una duda de si el Sr. Ferrer es ó no anarquista, y ello nada tiene que ver con el crimen que se persigue.

Repito que me dirijo á usted como á una persona á quien quiero.

De usted amigo, muy amigo, más de lo que usted cree,

FEDERICO URALES.»

«19 Septiembre 1906.

Señor conde de Romanones.

Mi querido amigo: Deseaba ir á verle, pero como usted está siempre tan ocupado y más estos días con la que ha armado el obispo de Tuy, me decidí á escribirle.

Confirmo mis anteriores respecto del Sr. Ferrer; á usted le engañan. Si otros datos no tuviera, me los daría bastantes para afirmarme en aquella convicción, un párrafo del discurso que leyó usted el otro día. Ni el Sr. Ferrer es anarquista ni nada tiene que ver en el crimen que cometió Morral.

Usted, señor conde, dirá seguramente: pero si el señor Ferrer no es anarquista, ¿qué interés le mueve á usted el defenderle? El interés que inspira la injusticia y la desgracia contra un hombre justo. No era anarquista Dreyfus y sin embargo de los anarquistas recibió no escasa defensa el pobre desterrado en la Isla del Diablo.

Pues bien, yo, como Zola y como Mirbeau, pero mucho más pequeño que ellos, me he propuesto, también, libertar al señor Ferrer. Me he propuesto más, porque libertarle me parece poco; me he propuesto evitar que la curia se quede con un céntimo del Sr. Ferrer, que es de lo único de que se trata. Y aquí donde me ve, señor conde, sin un céntimo y apenas sin nombre, pero con un inmenso capital de amor y de voluntad, soy un factor digno de que sea

Por la Justicia y por España.

LA INOCENCIA DEL SEÑOR FERRER

Lector, por muchas que sean tus ocupaciones, pasa tus ojos por este escrito, que él refrescará tu alma, si es de las que aman la justicia.

Este escrito había de ser publicado en un diario de gran circulación, mas el director del mismo me hizo observar que al público podía parecerle interesada la defensa extensa, completa y documentada, de un hombre rico, hecha desde un periódico, y que no convenia al señor Ferrer ni al diario que le defendiese, que el público creyera se le defendía mediante dinero. «Publique usted en una hoja suelta su escrito—me decía el referido director—y la prensa se ocupará de él, no le quepa á usted duda, aunque sólo sea á título de información, y nadie podrá creer en este caso que la defensa del señor Ferrer sea interesada.»

Atendiendo yo á tan prudente observación, decidí publicar la presente hoja. Ahora sólo suplico á la Prensa que me ayude á libertar á un inocente, considerando que cuanto aquí digo no deja de tener interés social, moral y político sobre el presente y el porvenir de España.

Solicito atención, buena voluntad y un poco de amor de los jueces, de los gobernantes, de la Prensa y del público. Se trata de proclamar una inocencia y de evitar una injusticia, y á cosa tan preciosa bien se le puede conceder tiempo y voluntad, aunque el tiempo sea oro y la voluntad diamante.

Y sin más preámbulo contaré el caso, creyendo, lector, que aquél basta para que me sigas buenamente hacia las brisas serenas que han de refrescar tu alma.

Preso y acusado de complicidad en el atentado de la calle Mayor se halla en la Cárcel Modelo D. Francisco Ferrer Guardia. D. Francisco Ferrer Guardia es, sin embargo, inocente, y para demostrar esa inocencia á los jueces, á los gobernantes, á la Prensa y al público, coge la pluma hoy, sin otro estímulo que el bien al prójimo, el más humilde de los escritores españoles.

MI INTERVENCIÓN Á FAVOR DE FERRER.

MI intervención á favor del Sr. Ferrer fué como sigue: Poco había tratado el firmante al Sr. Ferrer cuando Morral cometió su crimen. El director de la Escuela Moderna publicaba una Biblioteca; el firmante dirigía y editaba una revista; los lectores de la revista que dirigía el firmante pedían libros de la Biblioteca que publicaba el Sr. Ferrer y yo servía los pedidos con el tanto por ciento de rebaja que se hace á los comisionistas. Con tal motivo, hubieron de relacionarse el Sr. Ferrer y el autor de este escrito, y cuatro ó cinco meses antes de que Morral cometiera el atentado contra los reyes, el Sr. Ferrer pidió, al que abajo firma, un libro para la Biblioteca de la Escuela Moderna, libro que se escribió al punto y se cobró al instante. Desde entonces, las relaciones que yo tenía con el Sr. Ferrer se convirtieron en amistad.

Sin temor de ninguna clase, pues, y recordando que el preso necesita mucho de los amigos, tan pronto como el Sr. Ferrer fué puesto en comunicación, me apresuré á visitarle y á ofrecerme en aquello que bien tuviere. Le encontré tranquilo; esperaba la libertad de la noche á la mañana; había designado defensor para tener una persona en Madrid con quien comunicar y cuidare de sus asuntos, no por creer que lo necesitaría á través del proceso. Confieso que yo, en aquel momento, participé de los optimismos del Sr. Ferrer y me despedí del preso, en la creencia

que Mas á los pocos días, llegaron á mis oídos malas noticias sobre el porvenir del Sr. Ferrer; yo, no obstante, las puse en duda al principio; pero tanto se insistió en ellas, que volví á la Cárcel Modelo con el propósito de interrogar al Sr. Ferrer, sin comunicarle las impresiones que yo iba recibiendo. El Sr. Ferrer estaba tan tranquilo como el primer día; parecía un niño recién nacido; su confianza era absoluta y su candidez inmensa. Estimé de hombre un poco imperfecto sacar al preso de aquel bello ensueño en que vivía y abandoné la cárcel, firmemente convencido de la inocencia del Sr. Ferrer, con el propósito de dejarlo con sus doradas esperanzas y con el de emprender por mi cuenta la causa de su libertad.

En una de mis conversaciones con el Sr. Ferrer pude convencerme de que le habían escrito muchas personas importantes del extranjero preguntándole por su estado y ofreciéndole su apoyo, y que á todas el Sr. Ferrer había contestado que no necesitaba nada, porque su libertad se decretaría tan pronto se hubiese comprobado la veracidad de las declaraciones por él prestadas.

Aquel día fué malo para mí. Salí de la cárcel preocupado, con dudas é incertidumbres. Mis dudas eran: ¿Debi decir al preso el peligro que corría para que su confianza no fuese transmitida á los que podían ayudarle fuera y dentro de España? ¿Debi dejarlo en sus ideas de niño y transmitir yo solo, dentro y fuera de España, las malas noticias que corrían sobre la suerte del señor Ferrer?

Opté por lo último, y al llegar á casa me puse á escribir cartas. La síntesis de ellas era lo siguiente: «Peligran la vida, la libertad y el dinero del director de la Escuela Moderna de Barcelona. Yo os digo que es inocente y que va á ser víctima de la curia y del clericalismo, si no se presenta una fuerza que los haga abandonar su presa. No hagan ustedes caso de las noticias que contra éstas reciben, aunque vengan del propio interesado.»

Yo tengo amigos, escritores, artistas u obreros en todas partes; el señor Ferrer tiene también muchas y buenas relaciones, mis cartas hicieron su efecto, y contra el optimismo del Sr. Ferrer, empezó la agitación y la protesta. Estaba dado el primer paso.

Cuando leí el primer periódico extranjero llamando la atención sobre lo que ocurría en España con el Sr. Ferrer, tuve una gran alegría. «Ya no estoy solo con la inocencia—me dije—; ya veremos de quién será la victoria», y me sonreí con la franca sonrisa del que ha cumplido con su deber, del que ha hecho un bien al prójimo y del que ha opuesto una fuerza á la fuerza enemiga.

La seguridad que tenía de defender á la inocencia, me daba fuerzas para todo, y ya iniciado el asunto periodístico y popular en el extranjero, tracé mi plan para España.

Visitas á los ministros.

Lo primero que hice fué visitar al señor presidente del Consejo de ministros. Lo era el Sr. Moret. Me expliqué lo mejor que pude, mal seguramente, porque yo no sé explicarme bien. El Sr. Moret me escuchó atentamente. En conclusión le dije: «Que el Sr. Ferrer era inocente; que se le tenía preso contra toda razón; que en el proceso no había ningún indicio de culpabilidad contra el Sr. Ferrer; que si se dejaba sueltos á curiales y clericales, harían una barbaridad en perjuicio de todos y del preso particularmente.» El Sr. Moret me contestó que si no se presentaban más cargos contra el Sr. Ferrer, nada le pasaría.

Luego cayó del gobierno el Sr. Moret y subió el señor López Domínguez, llevando al señor conde de Romanones al Ministerio de Gracia y Justicia. Era preciso decir al nuevo presidente y al nuevo ministro de Gracia y Justicia, que el Sr. Ferrer era inocente: era preciso decirlo en alta voz y en todas partes.

El general López Domínguez me recibió muy llanamente; pero el señor presidente no sabía nada de cuanto le contaba; sólo sabía que la causa estaba en manos de un buen juez, y todo al buen juez lo remitía. Yo le hablé de ciertas rivalidades de orden moral é ideal que habían surgido entre el fiscal de esta Audiencia, Sr. Becerra del Toro, y el Sr. Ferrer. El Sr. López Domínguez no conocía al señor fiscal; tampoco estaba enterado de la escena violenta que habían sostenido el preso y el acusador público.

Con mi inocencia á cuestas pedí después audiencia al señor conde de Romanones. El señor ministro de Gracia y Justicia estaba enterado de todo, y con él pude hablar y hablé varias veces del asunto. «Al Sr. Ferrer no le pasará nada—me dijo un día—; y si no se presentan nuevos cargos en su contra, será puesto en libertad cuando la causa sea elevada á plenario.»

Después vi de nuevo al señor conde, y hablando, hablando, exclamó: «Si le escucho á usted, el Sr. Ferrer es el hombre más inocente de la tierra; si escucho á los otros, resulta el jefe de los anarquistas del mundo.»

El señor conde de Romanones estaba, pues, entre la espada de los que acusaban al Sr. Ferrer y la pared del que le defendía. Fue tal la fuerza y la influencia que se acumuló contra la libertad del Sr. Ferrer, que el señor ministro de Gracia y Justicia no pudo echar sobre sí la responsabilidad de la excarcelación del preso, á pesar de que sabía que contra él no había prueba alguna en el sumario.

Yo, como comprendo la situación del señor conde de Romanones, me explico que, á pesar de sus buenos propósitos, el Sr. Ferrer continuó preso; como me explico que, á pesar del acuerdo del Consejo de ministros favorable á la apertura de la Escuela Moderna, ésta continuó cerrada. Son muy poderosas las fuerzas que actúan contra el Sr. Ferrer y su obra. Algunas, como se ha visto con la Escuela Moderna, tienen más poder que el propio gobierno.

Entre el señor Ferrer y el señor Fiscal.

Yo sabía que entre el Sr. Ferrer y el señor fiscal habían ocurrido escenas de este tenor.

A los pocos días de haber sido conducido á Madrid el Sr. Ferrer, recibí una carta en la que se le hablaba de su hijo Riego, pequeño niño de seis años, y como la autoridad judicial abría toda la correspondencia dirigida al director de la Escuela Moderna de Barcelona, el señor juez dijo al preso:

—¿Conque un hijo llamado Riego?

El señor Ferrer contestó:

—Sí, señor; pero me parece que para los efectos del proceso lo mismo da que mi hijo se llame Riego, que Pedro, que Jesús, que Mahoma.

Al oír esto el señor Fiscal, que se hallaba presente, exclamó de mal talante:

—¿Qué manera de barajar y de manchar el sagrado nombre de Jesús!

A lo que contestó el Sr. Ferrer:

—Para mí, Riego, sacrificado por los absolutistas y defensor de la libertad, es tanto ó más digno de aprecio que...

Y por si Jesús valía más que Mahoma y Mahoma más que San Pedro y Riego más que todos, y por si Jesús había sido escudriñado, y si el nombre de Riego era ó no digno de llevarlo una persona, se encontraron tanto los ánimos que aquello más parecía un proceso para perseguir herejes, como en los tiempos pasados, que un proceso para perseguir criminales.

Estaban frente á frente dos principios: el del pasado y el del porvenir; fiscal y procesado parecían, más que acusador y acusado, dos espíritus rivales.

Cierta día el Sr. Ferrer, exclamó dirigiéndose al señor juez:

—¿Cuándo me pondrá usted en libertad?

El señor Fiscal contestó:

—El señor juez no ha pensado ponerle á usted en libertad, pero si pensase en ello, yo me opondría al pensamiento del señor juez.

El hecho, aunque grave, es cierto, porque al poco tiempo me lo confirmó personalmente el propio señor Fiscal, justificando con ello la lealtad con que acusaba y perseguía al Sr. Ferrer.

Ante el señor juez.

Por aquellos días la prensa de Madrid publicó telegramas de París, en los que se decía que los diarios de la capital de Francia, habían recibido é insertado un escrito mio pidiendo el apoyo de los franceses para libertar al señor Ferrer. Con tal motivo el juez, D. Manuel del Valle, me citó á declarar. Comparecí presuroso y extrañado de que no me hubiese llamado antes, pues tenía verdaderas ganas de declarar.

Haré sólo mención de lo que esté relacionado con la libertad del Sr. Ferrer.

El señor Juez me preguntó, con muy buenas formas, con mucha amabilidad, si yo era anarquista. Contesté que había sido anarquista militante, pero que con motivo de unos disgustos que tuve con algunos que se llamaban mis compañeros, hacia unos dos años que me había retirado de la vida activa.

—¿Cómo, no es usted anarquista militante—exclamó un señor que estaba sentado á mi diestra—y es usted el abogado del Sr. Ferrer dentro y fuera de España!

Contesté:

—Una cosa es ser anarquista militante y otra defender á la inocencia.

Aquel señor era el Fiscal; me lo dijo al correr de las preguntas y respuestas. Firmé mi declaración y hablamos después amigablemente, el señor Fiscal, el señor Juez y yo. Aquellos con quienes yo hablaba estaban enterados de mi separación de ciertos anarquistas, lo habían leído todo. De aquella plática saqué yo la impresión de que el Sr. Becerra del Toro era un neo, pero un neo sincero, y me dije: «Es lástima que no se pueda aprovechar, en bien del Sr. Ferrer, lo que hay de sincero en ese hombre.»

No por conveniencia, sino por mi modo de ser, procuré hacerme amigo del Sr. Becerra del Toro. Luego ello me sirvió para intentar una reconciliación entre el Sr. Ferrer y el señor Fiscal; es decir, entre aquellos dos ideales que habían estado tanto tiempo peleando sin acordarse que lo sustentaban dos hombres, dos hermanos, según la ley de Cristo, dos amigos, según las ideas humanitarias que integran nuestra evolución moral.

Hablando con el señor Fiscal.

Un día, próximo á ser elevada á plenario la causa, y en la seguridad de que una decisión del señor fiscal á favor del Sr. Ferrer no había de ser mal vista por ninguno de los individuos que componían el gobierno responsable, decidí pedir audiencia al Sr. Becerra del Toro.

Enfrente del señor Fiscal hablé en estos términos: —Señor Becerra del Toro, después de conocerle y hablarle, he pensado que podía intentar una reconciliación entre usted y el Sr. Ferrer.

—Usted dirá—me contestó—el señor Fiscal, con alguna prevención, pero no con mala voluntad.

—Usted no es una mala persona, el Sr. Ferrer tampoco lo es, y yo creo que, con buena voluntad, por parte de usted, podría concedérsele la libertad provisional que en su nombre pedirá estos días su abogado.

El Sr. Becerra del Toro contestó:

—No siento por el Sr. Ferrer ninguna clase de odio. Lo pasado, pasado está para mí; pero me es imposible informar favorablemente el escrito pidiendo lo que usted me anuncia.

Yo, no pudiendo contenerme, le dije:

—Pero es que tienen ustedes alguna prueba de culpabilidad contra el Sr. Ferrer?

El señor Fiscal contestó:

—No, señor; no tenemos ninguna prueba de culpabilidad contra el Sr. Ferrer; pero tenemos la convicción moral de su culpabilidad.

Yo repliqué:

—¿Y porque tienen ustedes la convicción moral de que el Sr. Ferrer podía estar enterado de lo que Morral tramaba, se le embargan sus bienes, se le tiene preso, se le perjudica moral y materialmente y se le niega la libertad provisional?

—Sí, señor—; me contestó el Sr. Becerra del Toro—puedo hacer más: puedo acusar al Sr. Ferrer y puede ser condenado...

—Me permitirá usted que le diga—repliqué yo—que el procedimiento está expuesto...

—A muchas injusticias—exclamó el señor Fiscal, sin dejarme concluir.

—Sí, señor, á muchas injusticias y á que se juzgue á las personas por el concepto preconcebido que cada uno tenemos formado de las ideas, de las cosas y de los hombres.

El señor Fiscal escudriñó mi alma con sus ojos penetrantes. Yo le miré fijamente, sin enojo alguno, sin temor alguno también. Fuerte en la gran causa que defendía, hubiera recibido con tranquilidad cualquiera amonestación, pero no habría desistido de mi obra.

Nos despedimos. Salí de la Fiscalía pensando: «Es lástima que ese señor sea neo y esté tan obcecado.» El señor Fiscal, quizá pensara: «¿Lástima de hombre; bien pudiera ser de los nuestros!»

De lo que es capaz la curia.

El proceso había sido declarado concluso. Por mis amigos, los periodistas de información judicial y de sucesos, sabía que en el Juzgado les iban á facilitar datos del sumario. ¿Cómo serán estos datos, pensaba yo? Y me dí á la tarea de averiguarlo antes de que se publicaran. Averigüé que en el extracto de la causa que iban á facilitar á la Prensa los empleados del Juzgado, se cargaba la mano en contra del Sr. Ferrer y se aligeraba á favor del Sr. Nakens, no por amor al Sr. Nakens, sino para que pareciesen más imparciales los cargos contra el Sr. Ferrer.

Puede el lector calcular lo que pasaría por mi desde que tal cosa supe; mas no me arredré y mandé la siguiente carta á los directores de los periódicos de gran circulación que se publican en Madrid:

«19 Agosto 1906.

Señor director de...

MI querido amigo: Enterado que con motivo de haberse elevado á plenario la causa por el atentado de la calle Mayor algunas personas pretenden informar á la opinión, abusando de la buena fe de la Prensa, contra el Sr. Ferrer, le ruego que el periódico de su digna dirección nada publique que no lo haya visto ó sepa de cierto el redactor encargado de las informaciones judiciales ó que no lo haya publicado con su firma el señor que antes cito.

Le anticipa las gracias.»

La mayoría de los diarios accedieron á mi ruego, y aun cuando en el extracto que publicaron había cargos en contra del Sr. Ferrer, no eran éstos tantos ni tan graves como los salidos del Juzgado, y bueno es hacerlo constar en honor á la Prensa. Un diario se negó en redondo á publicar el extracto en cuestión, y otro lo substituyó por una especie de novela, en la que había algo de verdad.

Mas verá el lector de lo que es capaz la curia: Viendo que la Prensa no había sido instrumento de sus planes en la medida que aquella deseaba, se dí á la tarea de buscar un escritor joven con ganas de éxitos periodísticos, que quisiera hacer una campaña en contra del Sr. Ferrer. Al efecto, se lo propusieron. Pero mejor será publicar las cartas que, hablando del particular, mandé yo al señor conde de Romanones:

«Madrid 26 Agosto 1906.

Señor conde de Romanones.

MI querido amigo: Quisiera hablar con usted; pero como para tan poco en Madrid y temo ser molesto, decidí comunicarle por escrito lo que se puede decir de cuanto le diría verbalmente.

No sé si sabrá usted que en el propio Juzgado se cargó la mano contra el Sr. Ferrer y se aligeró lo más que se pudo los cargos contra el Sr. Nakens al dar el otro día á la Prensa los detalles que ésta publicó del sumario del atentado. Que los mismos del Juzgado procuren hacer beneficio al Sr. Nakens, lo celebro, porque se trata de un pobre viejo á quien yo admiro; pero que se alivie al Sr. Nakens para echar la carga sobre el Sr. Ferrer, es cosa que no puedo sufrirla en silencio. Y todo porque el Sr. Nakens es pobre y el Sr. Ferrer es rico, y para lograr que con el alivio le uno el público crea en el merecimiento del castigo del otro y aun quizá para poner frente á frente á esos dos antiguos amigos en perjuicio del Sr. Ferrer y en beneficio de los planes reñidos con la justicia, que se traen algunos que usted conoce y yo también. Por todo ello he de advertirle del peligro que se corre, aunque me cueste la salida del *Diario Universal*, el único elemento de vida de que ahora dispongo. Yo soy un hombre justiciero, y siéndolo, no puedo consentir, sin protesta, que ha de traducirse en oposición á lo que se intenta hacer con el Sr. Ferrer, que se quite á éste la fortuna, y por quitársela se le condene, aprovechando la amistad que el Sr. Ferrer tuvo con Morral, pero no teniendo nada que ver con el atentado de la calle Mayor. A espaldas de usted se trabaja mucho contra el Sr. Ferrer; trabajan elementos afeos al mismo gobierno, y algunos desempeñan cargos judiciales. Yo, por amistad y por gratitud, he de decirle cuanto ocurre. En París, como usted verá por el adjunto recorte de *L'Aurore*, diario de Clemenceau, se ha constituido un Comité de defensa en favor del Sr. Ferrer. Pronto van á celebrarse mitins con igual objeto en París, Londres, Bruselas, Amsterdam y Roma. En España se prepara otra campaña como la de Montjuich. No tardarán en emprenderla en la Prensa dos diarios de gran circulación, y en provincias muchos, todos desinteresadamente; que conste en honor de la Prensa y del desinterés con que en este asunto trabajamos los de acá.

Conociéndole á usted como lo conozco, advino lo que usted piensa en este momento. Piensa usted que la agitación en favor del Sr. Ferrer ha de redundar en su daño. Es lo que yo pensaría en lugar de usted, porque, como á usted, la resistencia no me arredra; pero yo también pensaría otra cosa, y es que sin la campaña de agitación, quizá nadie se acordara del Sr. Ferrer y se le condenaría, aunque sólo fuese á un año y á las costas, para que las costas bastaran á acabar con su fortuna.

Ya puede usted suponer que si yo tuviese una duda, por pequeña que élla fuese, contra la inocencia del Sr. Ferrer, yo nada haría en su favor. Mas es inocente, y no ya como amigo mío, sino como hombre, he de impedir que la injusticia se cometa, que no he de ser yo igual que esos pobres de espíritu que dan como cosa irremediable la condena del Sr. Ferrer, por ser rico, no por ser culpable. Esto creen los débiles como una fatalidad contra la cual nada pueden voluntades.

Aún es tiempo, señor conde de Romanones; no en son de amenaza, sino en son de amistad lo digo. Vamos á un gran mal, que habremos de sentir, yo como amigo del señor Ferrer y usted como gobernante.

Ayer, hablando con el Sr. Vicenti, inteligente director de *El Liberal* y gran espíritu, me contó que hace algunas semanas el Sr. Ruiz Jiménez le dijo que probablemente pronto sería puesto en libertad el Sr. Ferrer. Yo le contesté que usted también me había prometido lo mismo si no se presentaba ningún cargo nuevo contra el Sr. Ferrer. Usted lo sabe, no hay cargo nuevo ni viejo. Lo que hay es una duda de si el Sr. Ferrer es ó no anarquista, y ello nada tiene que ver con el crimen que se persigue.

Repito que me dirijo á usted como á una persona á quien quiero.

De usted amigo, muy amigo, más de lo que usted cree,

FEDERICO URALES.»

«19 Septiembre 1906.

Señor conde de Romanones.

MI querido amigo: Deseaba ir á verle, pero como usted está siempre tan ocupado y más estos días con la que ha armado el obispo de Tuy, me decidí á escribirle.

Confirmando mis anteriores respecto del Sr. Ferrer, á usted le engañan. Si otros datos no tuviera, me los daría bastantes para afirmarme en aquella convicción, un párrafo del discurso que leyó usted el otro día. Ni el Sr. Ferrer es anarquista ni nada tiene que ver en el crimen que cometió Morral.

Usted, señor conde, dirá seguramente: pero si el señor Ferrer no es anarquista, ¿qué interés le mueve á usted el defenderle? El interés que inspira la injusticia y la desgracia contra un hombre justo. No era anarquista Dreyfus y sin embargo de los anarquistas recibió no escasa defensa el pobre desterrado en la Isla del Diablo.

Pues bien, yo, como Zola y como Mirbeau, pero mucho más pequeño que ellos, me he propuesto, también, libertar al señor Ferrer. Me he propuesto más, porque libertarle me parece poco; me he propuesto evitar que la curia se quede con un céntimo del Sr. Ferrer, que es de lo único de que se trata. Y aquí donde me ve, señor conde, sin un céntimo y apenas sin nombre, pero con un inmenso capital de amor y de voluntad, soy un factor digno de que sea tomado en cuenta.

Si yo no tuviera la seguridad, la absoluta seguridad de que el Sr. Ferrer es inocente, como lo era Dreyfus, yo no pondría en su defensa mi vida y mi libertad; mas es inocente, y como hombre, tengo el deber de defenderle.

Tan se trata de quitarle el dinero al Sr. Ferrer, y ello no podrá hacerse sin que se le condene, y por esto trabajan ciertos elementos á la sombra de usted y del partido liberal, que se ha propuesto á dos periodistas (que yo sepa) que hagan una campaña en contra del Sr. Ferrer, para lo cual se hubiese permitido al escritor que hubiera aceptado tan repugnante misión, que se llevase los autos á su casa para que pudiera hojearlos á su antojo, señalándole la curia de antemano aquellos pliegos que contendrían cargos en contra del Sr. Ferrer. Lo dicho se intentó al elevarse la causa á plenario, antes de pasar á la Audiencia. Ello es absolutamente cierto. Yo, si es necesario, daré nombres el día del juicio oral; usted, entre tanto, puede averiguarlos preguntando por ellos á D. Baldomero Argente (1) enterado también de lo que yo le cuento. Ya comprenderá usted que este dato en mis manos, en manos de un hombre que está dispuesto á lo que yo para salvar al Sr. Ferrer, es arma poderosa que ha de dar la vuelta al mundo.

Lo que más siento, en este asunto, es que usted sea ministro de Gracia y Justicia, porque parece que para cumplir con mi deber, he de ser desagradado con usted á quien estimo de veras, por lo que vale y por los favores que le debo. Mas antes que el temor de causarle á usted una molestia, está la obligación que tengo, como hombre y como amigo, de defender al que considero víctima de la rapina de unos, del fanatismo de otros y de la debilidad de algunos. Es tan poderoso en mí el sentimiento de este deber, que por complacerle prescindiría hasta de mi condición de padre, ¡yo que tanto amo á mis hijos!, y de mi condición de hijo; ¡yo que tanto quiero á mis padres!

Le ruego que me dispense, le ruego que piense serenamente en el contenido de mis cartas y de mis palabras; le ruego, también, que tolere mi tenacidad.

Antes de despedirme definitivamente del *Diario Universal*, si es que usted continúa sosteniendo el criterio de que un redactor del órgano del ministro de Gracia y Justicia no puede atacar el modo de administrar justicia en España, iré á verle. De palabra le daré las gracias por el favor que me ha dispensado al tenerme en su diario hasta el día en que me dediqué á la defensa del Sr. Ferrer, y me despediré con dolor, por lo que ya puede usted suponer, y con satisfacción, por haber sabido sobreponerme todo al bien y á la justicia.

De usted amigo de veras,

FEDERICO URALES.»

Cartas son éstas que no necesitan aclaraciones; se aclaran solas.

Las fuerzas contrarias.

Yo no ignoraba, no ignoro aún, que tenemos enfrente poderosos elementos. Los unos quieren que se condene al Sr. Ferrer para distribuirse su fortuna; los otros, para matar la enseñanza racionalista. Con este claro concepto de las fuerzas contrarias, comprendí que el Sr. Ferrer necesitaba un defensor de gran prestigio social y de gran influencia política.

No es que el defensor que el Sr. Ferrer había nombrado antes de ser puesto en comunicación, no sea buen abogado, elocuentísimo, inteligentísimo, de gran palabra y gran mentalidad; es que, por su juventud, ya que ciertas condiciones de orden moral no se alcanzan más que con los años, no había de reunir las que se necesitaban para contrarrestar las fuerzas de los poderosos elementos que hablan de trabajar para que el Sr. Ferrer fuese condenado. Expuestas por mí estas consideraciones al Sr. Pi y Arsuaga, el mismo me designó, sin que ello significase que no se consideraba non alientos para obtener la absolución del Sr. Ferrer, el abogado que, á su entender, reunía lo que, tanto el Sr. Ferrer como yo, deseábamos. El Sr. Pi y Arsuaga coincidió conmigo en la elección del defensor, hombre de gran prestigio, gran talento, hombre de una integridad que admiran propios y extraños y en quien yo pienso.

(1) Director del *Diario Universal*, órgano del señor conde de Romanones. Lo dicho se propuso á un redactor del nombrado diario y á otro de *España Nueva*. La campaña contra el Sr. Ferrer había de hacerse, ó la curia pretendió que se hiciera, en *España Nueva* ó en *El País*, es decir, en un diario radical.

No doy nombres hoy, no por temor, sino obedeciendo al plan que me he propuesto seguir. Los daré el día del juicio oral si lo estimo indispensable á la libertad del Sr. Ferrer. Digo, sin embargo, hoy, y lo digo también obedeciendo al plan que de antemano me he trazado, que el curial que hizo semejante proposición á los dos periodistas separadamente, ha sido secretario ú hombre de confianza de un general español que se le conoce por el genero de los jesuitas. (Nota del autor.)

sé desde que vi que, más que elocuencia y razones, eran menester una voluntad, una fuerza y un prestigio.

Pero yo necesitaba convencer a cuantas personas podían influir a que el Sr. Ferrer fuese libertado, de que el preso era inocente, y para ello nada me pareció mejor que ofrecer su defensa a quienes de antemano sabía que no podían defenderle, pero cuya conciencia interesaba a la causa que yo perseguía.

Al efecto escribí una carta a los señores. D. Segismundo Moret, D. Antonio Maura y D. José Canalejas, en la que decía, en síntesis, que el Sr. Ferrer era inocente, y en la que preguntaba si lo defenderían en el caso de que yo les convenciese que, efectivamente, ninguna responsabilidad ni complicidad tenía el Sr. Ferrer en el atentado cometido por Morral.

He aquí la contestación de los señores citados. Sobre el valor moral que denotan algunas de las cartas que se van a leer, nada digo, para que el lector lo aprecie por sí mismo.

Maura, Canalejas, Moret.

«Valldemosa, 8 Agosto 1906.

Sr. D. Federico Urales.

Muy señor mío: Veo por su carta del 5, en que me ofrece la defensa del Sr. Ferrer, que no ha llegado a noticia de usted mi retirada del ejercicio de la abogacía ante los Tribunales, consumada hace ya dos años, aun para los asuntos civiles en que antes solía intervenir.

Su afectísimo s. s. q. l. b. l. m.,

A. MAURA.»

«Sr. D. Federico Urales.

Mi estimado amigo: Ayer recibí su carta, que me apresuro a contestar, aprovechando la oportunidad para darle gracias por el interesante libro del que tuvo la bondad de enviarme un ejemplar dedicado.

Aunque en la ley no existe declarada textualmente incompatibilidad alguna entre la Presidencia del Congreso y el ejercicio de la profesión de abogado, y aun cuando el renunciar temporalmente a mi oficio supone grandes quebrantos en mis intereses, entendi, cediendo a susceptibilidades respetables, que debía darme de baja, y desde que tomé posesión de la Presidencia del Congreso, de baja figuró y no he intervenido directa ni indirectamente, ni siquiera por vía de consultas, en ningún asunto judicial.

En efecto, su ilustrado amigo necesita un letrado de valor moral y defenderse contra los asedios a que usted alude y que no extraño, aun cuando los deploro.

Con este motivo me reitero suyo afectísimo amigo y seguro servidor,

J. CANALEJAS Y MENDEZ.

San Sebastián 1-6-06.»

«Basiléa, Agosto 30, 1906.

Sr. D. Federico Urales.

Mi estimado señor y amigo: Recibo con mucho retraso su carta del 14.

Mucho siento tener que declinar la defensa del Sr. Ferrer que usted se sirve proponerme; pero me obligan a ello dos razones igualmente poderosas. La una es que seré testigo en la causa, y la otra que, por razón del cargo que desempeñaba, hubiese de intervenir en el sumario en términos que coartan mi libertad de acción para encargarme de la defensa.

No por eso agradezco menos la deferencia de su indicación, quedando de usted afectísimo amigo y s. s. q. b. s. m.,

S. MORET.»

Que se me dispense este pequeño golpe de audacia en gracia al objeto que lo destinaba; pero me place hacer constar que al escribir a los señores D. José Canalejas, D. Antonio Maura y D. Segismundo Moret, lo hice creyendo que, de no oponerse las razones que ellos mismos exponen y que yo ya presumía, hubieran tenido la suficiente valentía moral, a pesar de su significación política, de defender al Sr. Ferrer.

Pensando así y pensando, además, que ganar su conciencia para la causa de la libertad del Sr. Ferrer era ganar algo, he enviado a dichos señores cuanto sobre el proceso del Sr. Ferrer se ha publicado en España de algún interés.

Los cargos contra el Sr. Ferrer.

Seguramente que mis lectores habrán olvidado algunos de los cargos contra el Sr. Ferrer que constaban en el extracto de la causa que el Juzgado dictó a la prensa, mas yo voy a recordarlos, aumentados con cuantos constan en el sumario.

Se acusa al Sr. Ferrer de cómplice de Morral, y la base de esta acusación tomó pie en que el Sr. Ferrer es anarquista, en que el Sr. Ferrer era amigo de Morral, en que el Sr. Ferrer facilitó dinero al autor del atentado contra los reyes.

Las pruebas que la acusación posee para afirmar lo primero son: Una carta encontrada al Sr. Nakens; cartas encontradas a una amiga del Sr. Ferrer; declaraciones de la policía.

En la carta del Sr. Nakens el Sr. Ferrer habla de hace anarquistas; en las cartas encontradas a una amiga del Sr. Ferrer, éste ensalza las ideas libertarias. Las declaraciones de la policía no tienen aquí ninguna importancia, pues ya sabemos lo poco escrupulosa que es, para hacer méritos, la policía española.

El Sr. Nakens era antiguo amigo del Sr. Ferrer; el señor Ferrer era amigo del Sr. Ruiz Zorrilla; el Sr. Ruiz Zorrilla dijo un día, en broma, aludiendo a las ideas del Sr. Ferrer, radicales dentro del credo del antiguo progresismo: «Mi correligionario el *anarquista*». Desde entonces, todos los republicanos progresistas amigos del Sr. Ruiz Zorrilla conocen al Sr. Ferrer por el anarquista; el Sr. Nakens se había distinguido por sus campañas contra los anarquistas y contra los socialistas; los periódicos anarquistas y los socialistas colocaban libros de la Biblioteca de la Escuela Moderna; a la Escuela Moderna no le convenía libros contra ningún partido socialista (1). De ahí las palabras del Sr. Ferrer al Sr. Nakens al pedirle dos libros para la Escuela Moderna.

Para mayor demostración de que la Escuela Moderna es un campo neutral y de que el Sr. Ferrer es sencillamente un amante de la enseñanza racionalista, léase la siguiente carta, que yo recibí del Sr. Ferrer en la fecha que indica, y a la que me refiero más arriba:

«Barcelona 16-1-1906

D. Federico Urales.

Madrid.

Mi querido amigo: Me gustaría tener en nuestra Biblioteca escolar un libro de lectura escrito por usted. Recuer.

(1) Creo necesario advertir que tan socialistas son los anarquistas como los comúnmente llamados socialistas, sólo que unos son socialistas ácratas y otros socialistas democratas.

do haber leído de usted unos artículos sobre pedagogía publicados en *El Progreso* (1) que me gustaron mucho, y como además usted se ha dedicado a la enseñanza algunos años, creo que podría usted escribirme un buen libro de lectura.

Por si pudiese, le advierto que ha de tener de 180 a 200 páginas como la que adjunto, y que tengo la costumbre de pagar 500 pesetas por cada tomo.

Tratándose de usted, creo inútil advertirle que la Escuela Moderna ha de ser un terreno neutral en todo orden de ideas.

Espero que todos sigan bien de salud, que ya es hora. Repítome su afectísimo,

F. FERRER.»

Ya se percatará el lector de la manera delicada con que el Sr. Ferrer me advierte que no ha de escribir un libro anarquista.

**

En las cartas de fecha antigua que del Sr. Ferrer se encontraron en poder de doña Leopoldina Bonnard, que es la señora aludida antes, se ensalzan las ideas libertarias; mas el señor Fiscal y cuantos con tales pruebas quieren *acusar de anarquista* al Sr. Ferrer, ignoran que, precisamente, el llamado libertarismo surgió en Francia como protesta contra el terrorismo de Ravachol. Tanto es así que la frase aún no se ha españolizado. Alrededor del libertarismo se agruparon en Francia cuantos espíritus radicales veían con disgusto los llamados atentados anarquistas, y entonces vivían en París, así el Sr. Ferrer como la señorita Bonnard. De suerte que el libertarismo del señor Ferrer sería, precisamente, la mayor protesta contra el atentado cometido por Morral.

Mas el Sr. Ferrer ha definido bien sus ideas en un escrito recientemente publicado. Helo aquí:

“Profesión de fe

Desde los primeros momentos, después de mis declaraciones, que habrían podido ser comprobadas en menos de una semana para convencerse de que no tuve ante ni parte, directa ni indirectamente, en el atentado de Morral, todo el trabajo del Juzgado se ha dirigido a saber si era o no era anarquista.

¿Por qué? ¿Qué interés hay oculto en que se dilucide si soy o no soy anarquista?

¿Se cree, acaso, perjudicar la obra de la Escuela Moderna si resulta que su fundador es anarquista?

Bien claro lo declaré el día de mi llegada a Madrid, en mi primer interrogatorio del 6 de Junio: «Detesto todas las apelaciones, desde la anarquista a la carlista, porque todas son obstáculos a la obra educativa emprendida por la Escuela Moderna.»

La experiencia me ha demostrado que así como la religión divide a la humanidad en sectas que se odian entre sí, que se combaten, provocan guerras é imposibilitan el reinado de la paz entre los hombres, así también los nombres que se dan los individuos que militan en los partidos políticos, son causa de su división, de odios y de guerras sangrientas.

¿Cuántas veces he visto hombres con las mismas ideas militar en partido diferente!

¿Cuántas otras he visto gente en un mismo partido, y, sin embargo, disentir por completo en sus apreciaciones políticas y sociales!

En lo que nunca ha habido desacuerdo, en cuantas personas he conocido, es en que la sociedad está mal organizada, en que conviene poner remedio al mal que sufre, y en el más ó menos ardiente deseo expresado de contribuir a su mejoramiento.

También han estado de acuerdo conmigo todas las personas cultas con quienes he hablado sobre los medios medios que deberían emplearse para obtener hombres y humanidades fuertes y buenas, en que la educación y la instrucción eran lo más a propósito.

Estando convencido de cuanto queda dicho, dejé de militar en partido alguno, después de la muerte del jefe del partido republicano progresista, para dedicar toda mi actividad a la enseñanza, única base sólida de la regeneración humana, según mi modesto entender.

En autos consta una relación mia publicada en un diario de esta corte, sobre el origen de mi fortuna, que fué el origen de la Escuela Moderna de Barcelona.

Y en cartas mías hablando de la labor de la Escuela Moderna, es donde hallan motivos para llamarme a mí anarquista y a ella también.

Yo he negado siempre al Juzgado que sea anarquista. Lo he negado, porque aquí se considera como anarquista a un ser ávido de sangre, enemigo de la humanidad y partidario del mal por el mal mismo, y yo no soy nada de eso.

Al contrario: detesto el derramamiento de sangre, trabajo por la regeneración de la humanidad y amo el bien por el bien.

Mas si se me califica de anarquista porque se ha leído una frase mía en la que hablo de *ideas de demolición en los cerebros*, yo contestaré que ahí está la colección de libros y de «Boletines» publicados por la Escuela Moderna, en los cuales se hallarán. En efecto, ideas de demolición; pero entiéndase bien, *ideas de demolición en los cerebros*; es decir, la introducción en el cerebro del espíritu racional y científico para la demolición de todo prejuicio. ¿Es ello ser anarquista? Si lo fuese, declaro de antemano que no lo sabía; mas yo, en este caso, sería anarquista en cuanto la anarquía adoptara mis ideas de educación, de paz y de amor; no en cuanto yo hubiese adoptado ningún procedimiento suyo.

Pero con todo, nadie podría probar, y sólo podrían sospecharlo aquellos que no me conocieran ó tuvieran intereses en perjudicarme, que yo supiera lo que Morral pensaba hacer.

Es absurdo también suponer que, teniendo la fe que yo tengo en los frutos de la educación para la emancipación de la conciencia, a lo cual dedico mi fortuna, mi tiempo y mi vida toda, pudiera dedicarme a otra labor. Soy un hombre apasionado.

Donde me pongo, todo me pongo, y lo puse todo a la labor educadora del pueblo, porque de la educación lo espero todo.

No fui, pues, cómplice de Morral; fui sólo una de las personas que se relacionaban con él.

.....
Todo esto que acabo de escribir fué dicho repetidas veces ante la justicia, y podía ser comprobado fácilmente si un fanatismo medioeval y peligrosísimo no cegara a algunos hombres, haciéndoles ver en mí a un ser digno de los peores castigos.

F. FERRER GUARDIA.

Cárcel Modelo, Noviembre 1906.»

(1) Se refiere a *El Progreso*, que se fundó en Madrid el año 1897 y que dirigió Lerroux. (N. del A.)

En el extracto que del sumario publicó la Prensa facilitado por la curia, se decía que a una amiga del Sr. Ferrer le habían sido encontrados documentos comprometedores y escritos ininteligibles y misteriosos.

A continuación va parte de lo que sobre el particular ha publicado la interesada en la prensa francesa, inglesa é italiana.

Mi protesta.

Si hay personas que, al ver el resumen ó extracto del sumario facilitado a la Prensa y publicado, han sentido alguna vacilación; si mentalmente han proferido la palabra «¿quizás!» tranquilizense y no abandonen sus sentimientos equitativos; el tal resumen no contiene más que inexactitudes.

Esperábamlos por momentos y con tanta seguridad la libertad del Sr. Ferrer, que deseábamos dejarle el cuidado de refutar, por sí mismo, las mentiras suministradas a los diarios; pero no decretándose esa libertad, hemos resuelto no esperar más para poner las cosas en su lugar.

He aquí la pura verdad:

1.º Las cartas de que se apoderó el juez, no prueban en manera alguna, que el Sr. Ferrer sea anarquista. Con la inteligencia y la claridad que le son habituales, comenta y combate algunas observaciones, que yo le había transmitido, y da explicaciones en las que revela su espíritu amplio, independiente, en posesión de la verdad y de la justicia. Las ideas expresadas en esas cartas, sanas y razonables, son las de un pensador, de un observador profundo, y nada más.

2.º En cuanto a las cartas que, se supone, le han sido dirigidas, en *caracteres especiales*, es pura fantasía, que, si revelan la fecunda imaginación de su autor, de una triste idea de su buena fe.

Las palabras «espera», «no salga», «no puede salir», no han sido leídas en *ninguna parte*; es posible que un cerebro sugestionado por insana ó ciega pasión las haya visto escritas en *letras de fuego* sobre una pared, como aquellas que menciona cierta historia; ó soñando; no puede ser de otro modo; yo lo afirmo.

Séase que no se ha cogido en mi casa *ningún documento* que comprometa a Ferrer, *ninguna carta ni la palabra más insignificante*; lo que sí se ha hallado, y eso porque yo misma lo he facilitado a la justicia, para evitar así lo esperaba, yo al menos—toda sospecha, es un cuartel de taquígrafía francesa, con ejemplares copiados del método de Georges Buisson, el cual ha alcanzado ya una tercera edición, en que no hay nada sospechoso ni que pueda asustar a los más tímidos.

Lo extraño es que se hayan comunicado esas falsedades a los periodistas, sin que los diversos jueces que recibíeron mis declaraciones, hubiesen hecho la menor alusión a esos signos; declaro, sin embargo, que lo esperaba.

¿De dónde procede la falsa explicación que se ha dado? ¿Cómo se han atrevido sin consultarme, a dar una traducción de aquellos signos tan mentida como desleal? ¿No ha de sentirse indignación ante semejantes hechos?

¡Mentira! ¡Mentira! ¡Todo es mentira en esa desdichada información!

Es evidente que se quiere perjudicar a Ferrer, se trata de perderle en la opinión de los más prudentes, de los más clarividentes; pero, apresurémonos a decirlo: ¡no lo lograrán!

Sólo, frente a sus detractores, tranquilo y altanero, sin más arma ni otra defensa que la verdad, esa verdad que se puede ocultar por el momento, pero que jamás se consigue tenerla sometida indefinidamente, Ferrer reducirá a la nada las calumnias acumuladas contra él en la sombra, y, confundiendo a sus acusadores, cuya obra tenebrosa quedará vergonzosamente patente, saldrá engrandecido de la lucha contra las pequeneces y las mezquindades que le rodean, contra los sufrimientos morales que se le causan, a la vez que más fuerte, más digno aún de nuestra confianza, de nuestro respeto y de nuestra admiración.

LEOPOLDINA BONNARD.»

**

En cuanto a la acusación contra el Sr. Ferrer de haber entregado dinero a Morral para que cometiera su crimen, baste decir que en el sumario se prueba, de una manera que no deja lugar a dudas y con testigos de la propia familia de Morral, que éste había recibido de sus padres, y pocos meses antes, una importante cantidad en concepto de dote. De consiguiente, Morral disponía de dinero suficiente para la realización de su crimen.

Y no hay más cargos en contra del Sr. Ferrer y aun los apuntados unos se dirigen, como habrá visto el lector, no a los hechos, sino a las ideas del Sr. Ferrer, y otros, tales como si pudo ó no haber ayudado a Morral en la realización de su crimen, no son más que meras suposiciones de gente que, por la costumbre de acusar, han adquirido el hábito de la acusación produciendo en ellos este hábito, el órgano que en todo ve indicios.

La inocencia del señor Ferrer.

Explicaremos a todo correr, antes de entrar en las consecuencias que para el Sr. Ferrer ha tenido su amistad con Morral, algunos extremos de poca importancia, pero que todos contribuyen a demostrar la inocencia del Sr. Ferrer.

Se ha pretendido probar que el Sr. Ferrer se ocultó los días del atentado, y el Sr. Ferrer cita dónde estuvo y cuenta lo que hizo los días 31 de Mayo y 1.º de Junio, que es el día que debía marchar a París. Entre los testigos que cita el Sr. Ferrer, en demostración de que aquellos días hizo su vida ordinaria, hay el dueño y dependientes de un restaurant, los dependientes de un cinematógrafo, al que llevó a su hijo como todos los jueves y los redactores de *La Publicidad* Sres. Costa y Jordá, a los que el Sr. Ferrer saludó en la terraza de la *Maison Dorée*, de Barcelona.

**

El Sr. Ferrer se enteró del atentado que había cometido Morral, el día 1.º de Junio, camino de la estación de Francia, por la lectura de la prensa. Tratándose de Morral, con quien había tenido tantas relaciones desde el día que se presentó a la Escuela Moderna con una hermanita suya, a quien había de ceder la dirección de la Biblioteca de dicha Escuela, precisamente el día 1.º de Junio y a quien había servido de fiador en un contrato de inquilinato de un piso de la misma casa donde estaba instalada la Escuela Moderna, suspendió el viaje a París por sí las autoridades necesitaban de sus declaraciones, y al día siguiente presentóse al comandante del tercer tercio de la Guardia civil al saber que un sargento de dicho cuerpo había ido a la Escuela a preguntar por el Sr. Ferrer.

Respecto del viaje que el Sr. Ferrer había de hacer a París, bien claras son también las declaraciones de dicho señor para que nadie pueda dudar de la veracidad de tal viaje.

El Sr. Ferrer había ido a París el mes de Abril con objeto de negociar una segunda hipoteca sobre la casa que allí posee (1).

En París estuvo algunos días, habló con el notario que había de hacer la operación; el notario dijo al Sr. Ferrer que era fácil se presentasen algunas dificultades de orden político, como por ejemplo la proximidad de las elecciones generales y la anunciada huelga general para el 1.º de Mayo, fecha temida por los capitalistas, y que por ello la hipoteca quizá no podría hacerse hasta primeros de Junio. Impaciente el Sr. Ferrer y temiendo que la cosa se alargase demasiado, escribió al notario pidiéndole que le dijera con seguridad si la operación podría hacerse antes de quince días, pues de lo contrario volvería a Barcelona para regresar a París cuando se le avisase que la escritura estaba hecha y sólo faltaba firmarla. El notario contestó al Sr. Ferrer (2), que en vista del pánico que reinaba entre la gente de dinero no le era posible hacer ningún contrato antes de quince días. Leida la carta del notario, el Sr. Ferrer decidió regresar a Barcelona a últimos de Abril, y pasados los primeros días de Mayo, el Sr. Ferrer escribió a un amigo suyo (Mr. Maten, 43 rue des Cloys, París), rogándole que, ya que todo había pasado con calma, fuese a ver al notario en cuestión (Mr. Bouffol, notario de Argenteuil, pueblecito cercano a París) para ver si podía hacerse la operación en los primeros días de Junio. La contestación del notario fué afirmativa y el Sr. Ferrer se dispuso a ir a París el 1.º de Junio.

«Aquí viene como anillo al dedo decir que antes de marchar a París el Sr. Ferrer, seguro ya de que regresaría con dinero envió las mil pesetas al Sr. Nakens en pago de los dos libros que le encargaba, y como contestación a una carta anterior del director de *El Motín*.

Morral en la Escuela Moderna.

Acercándose la fecha en que el Sr. Ferrer había de ceder la dirección de su Biblioteca a Morral, éste pensó alquilar un piso en la misma casa donde estaba la Escuela Moderna para almacén de libros. Morral habló con el propietario de la casa, se convino en el precio del alquiler (80 pesetas mensuales) y al pedirle fiador, Morral preguntó al casero si para tal servía el Sr. Ferrer. Naturalmente, el propietario de la casa contestó que sí, y se firmó el contrato. Mas Morral, sin decir nada al Sr. Ferrer, a los pocos días metió en el piso alquilado, además de los libros su equipaje. ¿Con qué propósitos? Helos aquí:

Morral, en sus visitas a la Escuela Moderna, se había enamorado de una profesora de la misma, y para estar más cerca de ella, verla y hablarla, primero pidió el cargo de traductor de libros que editaba el Sr. Ferrer; luego propuso al Sr. Ferrer encargarse de la dirección de la Biblioteca, dirección que el Sr. Ferrer había convenido en cederle, como había cedido antes una imprenta que tenía, para dedicarse con más asiduidad a la Escuela Moderna y a la formación de profesores para las que creaba; luego alquiló un piso de la misma casa donde estaba instalada la Escuela, y, por fin, se instaló allí. Todo para justificar lo más posible su estancia en la Escuela.

**

Y ahora llegamos al nudo de esta cuestión y a la explicación más clara y contundente de la inocencia del señor Ferrer.

Siempre que podía Morral demostraba a su amada el amor que por ella sentía. Delante de la gente, con los ojos; solos, con las palabras. Tan agudo llegó a ser el amor que Morral sentía por la profesora de la Escuela Moderna, que ésta resolvió cortar por lo sano, temerosa de que se enterara el Sr. Ferrer y ocurriera algo desagradable. En este estado, un día del mes de Mayo en que Morral aprovechó la ocasión de hallarse sola la profesora de la Escuela Moderna para insistir en sus pretensiones, aquella le dijo que procurase olvidarla y que viese si podía ser feliz con otra mujer, pues ella sostenía relaciones amorosas con el señor Ferrer.

Puede el lector suponer cómo cayó la noticia en el ánimo de Morral. Desde aquel momento procuraba esquivar la presencia del Sr. Ferrer, apenas le hablaba (3) y a los pocos días anunció un viaje sin decir a dónde iba. ¿Cómo lo iba a decir? Como Morral tenía por costumbre ir a Sabadell de cuando en cuando, su viaje no llamó la atención de nadie. Nada supieron de él en la Escuela Moderna, mejor dicho, el Sr. Ferrer y la profesora, hasta que se enteraron por la prensa que Morral había cometido un atentado contra los reyes.

Estos amores de Morral y cuanto tengo dicho, constan en el sumario declarados por la propia interesada. Es más, la policía se incautó de unas tarjetas postales, fechadas en Madrid el día del atentado, firmadas por Morral y dirigidas a la profesora en cuestión, en las que aquél, con frase sensual, se despidió de su amada. Tanta era la obsesión que Morral sentía por el objeto de su amor.

Queda, pues, demostrado que en el crimen de Morral no hubo complot ni complicidades de ninguna clase.

El lector, con su buen juicio, habrá comprendido á qué obedeció el atentado de Morral.

**

Las líneas que se acaban de leer son obra de amor y voluntad. No hay en ellas más que amor por la justicia y voluntad por la inocencia apisionada. Porque además de la libertad de un hombre inocente, se persigue en ellas la paz de los espíritus y de los cuerpos, de que tan necesitada se halla España.

Al principio reclamé atención de los jueces, de los gobernantes, de la prensa y del público y creo haberla obtenido. Que cada cual obre ahora conforme su conciencia de hombre, que es conciencia justa cuando no está sometida a ningún interés de partido ni a ningún prejuicio de clase.

Yo brindo al público en general una página de amor y de voluntad, y como creo en los hombres, porque creo en mí, espero que el Sr. Ferrer será absuelto. Tengo tanta seguridad en la absolución del Sr. Ferrer como en su inocencia. Si otra cosa creyera, me ofendería a mí mismo, porque ofendería a mi raza.

Y si el lector, por un momento, y al cruzar de sus ojos por estas líneas, ha pensado que aún quedan Quijotes en el mundo, habrá refrescado y purificado su alma de egoísmos y bajezas, y puede con ello estar tan contento como lo estoy yo al poner mi firma al pie de este escrito.

Hoy no hemos perdido el tiempo.

Federico Urales.

(1) El origen legal de esa casa consta también en autos con copia del testamento de la señora que se la legó y acta notarial.
(2) El día del juicio se presentarán copias de estas cartas. (N. del A.)
(3) De ello se ha dado cuenta después al Sr. Ferrer; de momento nada sospecho.

MADRID.—Est. tip. de A. Marzo, San Hermenegildo, 32 dupdo. —Tel. 1.977

NOTA. A cuantos periódicos de provincias y del extranjero se ocupen de lo que aquí digo, les ruego que me envíen un ejemplar a la calle de Cristóbal Bordiú, núm. 1, Madrid.

Por la Justicia

LA INOCENCIA DEL S

Solicito atención, buena voluntad y un poco de amor de los jueces, de los gobernantes, de la Prensa y del público. Se trata de proclamar una inocencia y de evitar una injusticia, y á cosa tan preciada bien se le puede conceder tiempo y voluntad, aunque el tiempo sea oro y la voluntad diamante.

Y sin más preámbulo contaré el caso, creyendo, lector, que aquél basta para que me sigas buenamente hacia las brisas serenas que han de refrescar tu alma.

Preso y acusado de complicidad en el atentado de la calle Mayor se halla en la Cárcel Modelo D. Francisco Ferrer Guardia. D. Francisco Ferrer Guardia es, sin embargo, inocente, y para demostrar esa inocencia á los jueces, á los gobernantes, á la Prensa y al público, coge la pluma hoy, sin otro estímulo que el bien al prójimo, el más humilde de los escritores españoles.

Mi intervención á favor de Ferrer.

Mi intervención á favor del Sr. Ferrer fué como sigue:

Poco había tratado el firmante al Sr. Ferrer cuando Morral cometió su crimen. El director de la Escuela Moderna publicaba una Biblioteca; el firmante dirigía y editaba una revista; los lectores de la revista que dirigía el firmante pedían libros de la Biblioteca que publicaba el Sr. Ferrer y yo servía los pedidos con el tanto por ciento de rebaja que se hace á los comisionistas. Con tal motivo, hubieron de relacionarse el Sr. Ferrer y el autor de este escrito, y cuatro ó cinco meses antes de que Morral cometiera el atentado contra los reyes, el Sr. Ferrer pidió, al que abajo firma, un libro para la Biblioteca de la Escuela Moderna, libro que se escribió al punto y se cobró al instante. Desde entonces, las relaciones que yo tenía con el Sr. Ferrer se convirtieron en amistad.

Sin temor de ninguna clase, pues, y recordando que el preso necesita mucho de los amigos, tan pronto como el Sr. Ferrer fué puesto en comunicación, me apresuré á visitarle y á ofrecerme en aquello que bien tuviere. Le encontré tranquilo; esperaba la libertad de la noche á la mañana; había designado defensor para tener una persona en Madrid con quien comunicar y cuidare de sus asuntos, no por creer que lo necesitaría á través del proceso. Confieso que yo, en aquel momento, participé de los optimismos del Sr. Ferrer y me despedí del preso, en la creencia

Después vi de nuevo al señor conde, y hablando, hablando, exclamó: «Si le escucho á usted, el Sr. Ferrer es el hombre más inocente de la tierra; si escucho á los otros, resulta el jefe de los anarquistas del mundo.»

El señor conde de Romanones estaba, pues, entre la espada de los que acusaban al Sr. Ferrer y la pared del que le defendía. Fué tal la fuerza y la influencia que se acumuló contra la libertad del Sr. Ferrer, que el señor ministro de Gracia y Justicia no pudo echar sobre sí la responsabilidad de la excarcelación del preso, á pesar de que sabía que contra él no había prueba alguna en el sumario.

Yo, como comprendo la situación del señor conde de Romanones, me explico que, á pesar de sus buenos propósitos, el Sr. Ferrer continúe preso; como me explico que, á pesar del acuerdo del Consejo de ministros favorable á la apertura de la Escuela Moderna, ésta continúe cerrada. Son muy poderosas las fuerzas que actúan contra el Sr. Ferrer y su obra. Algunas, como se ha visto con la Escuela Moderna, tienen más poder que el propio gobierno.

Entre el señor Ferrer y el señor Fiscal.

Yo sabía que entre el Sr. Ferrer y el señor fiscal habían ocurrido escenas de este tenor.

A los pocos días de haber sido conducido á Madrid el Sr. Ferrer, recibí una carta en la que se le hablaba de su hijo Riego, pequeño niño de seis años, y como la autoridad judicial abría toda la correspondencia dirigida al director de la Escuela Moderna de Barcelona, el señor juez dijo al preso:

—¿Conque un hijo llamado Riego?

El señor Ferrer contestó:

—Sí, señor; pero me parece que para los efectos del proceso lo mismo da que mi hijo se llame Riego, que Pedro, que Jesús, que Mahoma.

Al oír esto el señor Fiscal, que se hallaba presente, exclamó de mal talante:

—¿Qué manera de barajar y de manchar el sagrado nombre de Jesús!

A lo que contestó el Sr. Ferrer:

—Para mí, Riego, sacrificado por los absolutistas y defensor de la libertad, es tanto ó más digno de aprecio que...

Y por si Jesús valía más que Mahoma y Mahoma más que San Pedro y Riego más que todos, y por si Jesús había

